

LABREGA PORELPODER

UNGIROINESPERADO

Al inicio de 1976 la directiva del Partido Acción Nacional (PAN), y como resultado de una dramática lucha interna entre dos corrientes ideológicas —la tradicionalista, encabezada por Efraín Gómez Morfín, y la aperturista, modernizadora e iniciadora de lo que más tarde se conocería como neopanismo, de José Ángel Conchello—, fue incapaz de ponerse de acuerdo en torno de quién debería ser el candidato presidencial para la elección de ese año. De esta manera y para todo propósito práctico, el PAN dejó solo en la mesa de juego a José López Portillo, candidato del partido de Estado —el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Hasta ese momento el juego electoral había sido uno en el que el gobierno y su partido, el PRI, sistemáticamente habían usado dados cargados para mantener su control monopólico sobre el conjunto del sistema político, pero también había sido un juego en el que siempre habían logrado sentar a la mesa a uno o varios jugadores que podían participar pero nunca ganar. Sin embargo, en 1976 López Portillo tuvo que jugar solitario, pues fue no sólo candidato del PRI, sino de dos minúsculos partidos más, criaturas del propio gobierno: el PPS y el PARM. Así, la elección presidencial de un candidato único perdió el poco sentido que tenía y quedó como simple plebiscito. Sin proponérselo, el PAN transmitió su crisis interna al resto del sistema político al dejar al descubierto su verdadera naturaleza antidemocrática.



Un cuarto de siglo más tarde, en el 2001, el PAN se encontró exactamente en el lado opuesto del espectro político, pues no sólo había sido capaz de presentar sistemáticamente candidato a la Presidencia a partir de 1982, sino que había completado su tránsito de la marginalidad y la autoexclusión al triunfo, al superar todos los obstáculos que le pudo poner un sistema autoritario en decadencia. La victoria panista del 2 de julio de 2000 no sólo acabó con el monopolio de 71 años del PRI sobre el Poder Ejecutivo, sino que fue el paso decisivo para clausurar definitivamente al autoritarismo más antiguo del siglo XX y abrir la puerta a otro régimen cuyo objetivo era, ni más ni menos, la institucionalización del pluralismo político pleno en un México sin antecedentes democráticos. El propósito de este ensayo es trazar las grandes líneas del desarrollo de este notable proceso del último cuarto de siglo de la historia política contemporánea del país: la transformación del PAN de un partido democrático pero meramente testimonial, en el partido en el gobierno que inauguró la etapa democrática del proceso político mexicano.

1976 O LAS CRISIS SIMULTÁNEAS DEL PAN Y DEL SISTEMA

Al concluir en diciembre de 1976 el sexenio presidido por Luis Echeverría Álvarez, la victoria sin sorpresa de su sucesor por la vía de una elección sin competencia no sólo había carecido de sentido, sino que la economía mexicana —orgullo y justificación del autoritarismo posrevolucionario mexicano, que se atribuía la paternidad del "milagro mexicano" de los años sesenta— se encontraba en una crisis que, pronto se confirmaría, era el inicio de la etapa terminal del modelo de desarrollo inaugurado durante la Segunda Guerra Mundial: el de la industrialización por la vía de sustituir importaciones.

Al asumir la presidencia el 1 de diciembre de 1976, López Portillo —antiguo secretario de Hacienda y un abogado con pretensiones intelectuales— tenía frente a sí una serie de problemas y desafíos impostergables. Uno era estrictamente político y derivado de su propia elección: había que volver a dar algún sentido a las urnas, de las que si bien nunca había dependido quien sería el ganador —desde 1940 esa decisión estaba predeterminada por la voluntad del presidente saliente—, sí le conferían el toque mínimo necesario de democracia al autoritarismo mexicano. La existencia y persistencia de un partido de oposición sin posibilidades pero de derecha moderada, como era el caso del PAN, permitía al PRI y al autodenominado "régimen de la Revolución Mexicana" seguir manteniendo un discurso "progresista" a pesar de seguir una práctica que lo negaba sistemáticamente. Otro desafío, más urgente que el anterior, era reintroducir vigor y viabilidad a una economía que se había venido abajo por una combinación de errores de dirección política más la acumulación de problemas estructurales. En efecto, la economía mixta que había logrado un crecimiento promedio anual de 6% entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de los años setenta —ésa era la esen-

cia del "milagro mexicano"— había ya dejado de crecer y, además, en los círculos de especialistas ya se cuestionaba su viabilidad de largo plazo.

El problema económico, al que se insistía en calificarlo de coyuntural, era en realidad el resultado de la combinación de un creciente gasto público, de un igualmente creciente déficit externo —producto de la incapacidad de la muy protegida industria mexicana de exportar al ritmo que demandaba su gran propensión a importar—, y de un acelerado endeudamiento. Todo lo anterior obligó en 1976 a una devaluación que desató una dinámica inflacionaria que había estado ausente de México desde los años cincuenta. Así terminó la etapa del llamado "desarrollo estabilizador", es decir, de la base material del autoritarismo mexicano en su época clásica¹. Sin embargo, la elevación sorpresiva de los precios del petróleo en el mercado mundial y el descubrimiento de nuevos e importantes yacimientos de hidrocarburos en el sur mexicano a finales de los años setenta parecieron resolver de manera casi milagrosa el problema económico, aunque en realidad lo que sucedió fue que sólo lo pospusieron.

Pese a los problemas que enfrentaba en esos años el presidencialismo mexicano sin límites pero sin lustre, el arreglo político existente resultaba el único posible. La ausencia de alternativas permitió que la institución presidencial y su partido permanecieran aparentemente impermeables a las consecuencias de sus errores². Un ejemplo de esa invulnerabilidad de la clase política gobernante mexicana fue justamente el que en la elección de 1976, López Portillo recibiera, según las cifras oficiales, el respaldo de ¡93.5% del electorado! (el resto, 5.29%, fueron votos anulados y 1.2% emitidos por candidatos no registrados), sin que esa cifra de corte soviético pusiera en aprietos a la pretendida naturaleza democrática del régimen. Y precisamente para evitar que en el futuro se repitieran situaciones de victorias sin credibilidad, y para volver a canalizar y neutralizar la energía de los inconformes, el régimen necesitaba llevar a cabo ciertos cambios a fin de que el PAN y otros partidos de oposición, preferiblemente de izquierda, jugaran el papel de contraparte³. De ahí que en 1977 López Portillo hiciera aprobar una reforma electoral que facilitara la presencia minoritaria de opositores en el Poder Legislativo. Al respecto, el secretario de Gobernación, el arquitecto de la reforma, diría: "lo que resiste apoya". Para entender plenamente lo que significó para el PAN este cambio en las reglas políticas, es necesario ir hacia atrás, hacia el origen del arreglo político que la reforma buscaba poner al día.

EL PAN EN LA ETAPA CLÁSICA DEL SISTEMA POSREVOLUCIONARIO

A partir de 1910, la derecha mexicana sufrió serios y sucesivos reveses. Primero, la súbita caída del régimen porfirista que afectó directamente a la clase oligárquica, luego el fracaso de las fuerzas de la contrarrevolución: el huertismo, el Partido Católico, el felixismo y otros movimientos similares; finalmente, la derrota de la sangrienta rebelión cristera de los años

1 LA CRISIS ESTRUCTURAL DE LA ECONOMÍA MEXICANA BASADA EN LA SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES HABÍA SIDO PRONOSTICADA DESDE EL INICIO DE LOS AÑOS SESENTA POR RAYMOND VERNON EN: *THE DILEMMA OF MEXICO'S DEVELOPMENT: THE ROLES OF THE PRIVATE AND PUBLIC SECTORS* (CAMBRIDGE, MASS.: HARVARD UNIVERSITY PRESS, 1963).

2 UNA DESCRIPCIÓN SENCILLA PERO SUFICIENTE SOBRE LA NATURALEZA DEL SISTEMA MEXICANO EN ESE MOMENTO SE ENCUENTRA EN LA TETRALOGÍA DE DANIEL COSÍO VILLEGAS, PUBLICADA POR JOAQUÍN MORTIZ, *EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO* (1972); *EL ESTILO PERSONAL DE GOBERNAR* (1974), *LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL* (1975) Y *LA SUCESIÓN: DESENLACE Y PERSPECTIVAS* (1975).

3 PARA UNA DISCUSIÓN SOBRE LA NATURALEZA DEL AUTORITARISMO MEXICANO, VÉASE, ENTRE OTROS, A JOSÉ LUIS REYNA Y RICHARD S. WEINERT (EDS.), *AUTHORITARIANISM IN MEXICO* (FILADELFIA, PA.: INSTITUTE FOR THE STUDY OF HUMAN ISSUES, 1977).

veinte. En 1939, el PAN surgió como un nuevo esfuerzo y opción de las derechas. Esta vez se trataba de hacerlo a través de una vertiente pacífica, institucional, moderna, urbana e ilustrada, encabezada por Manuel Gómez Morín —un brillante abogado que en su juventud había colaborado como técnico financiero con el régimen de la Revolución en su etapa inicial—, quien estaba inconforme con la falta de representación en la esfera política en general, y que se sentía particularmente ofendido y amenazado por las políticas sociales y culturales desarrolladas durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas (1934-1940). Los objetos entonces de la crítica del PAN eran la reforma agraria, el sindicalismo, la educación socialista, la expropiación petrolera y la imposibilidad de un juego político democrático real⁴. En contraste, otra ala de la derecha, menos urbana, más popular y menos interesada en la democracia liberal, cristalizó en la Unión Nacional Sinarquista, una organización más identificada que el PAN con las corrientes falangistas, fascistas y nacionalsocialistas que habían surgido en Europa en los años anteriores al estallido de la Segunda Guerra Mundial⁵.

En la disputada elección de 1940 —resultado de la división entre izquierda y derecha dentro de la cúpula gobernante—, el PAN simplemente no tuvo capacidad de contar con un abanderado propio, pero sus simpatías estuvieron con el representante del anticardenismo y líder del ala derecha de la élite revolucionaria: el general Juan Andrew Almazán. Seis años más tarde, el PAN se propuso afianzar su identidad y presentar ya candidato propio. Sin embargo, no pudo hacerlo porque el personaje al que se le ofreció la candidatura —el intelectual carrancista y anticardenista Luis Cabrera— simplemente declinó el honor. En cualquier caso, en esa elección, el PAN logró que le fuera reconocida la victoria de cuatro candidatos a diputados; a partir de entonces habría siempre al menos un puñado de panistas en el Congreso.

En las cuatro elecciones presidenciales posteriores a 1946 —las de 1952, 1958, 1964 y 1970—, los panistas ya pudieron presentar candidatos surgidos de sus propias filas y comprometidos con su ideología y doctrina de fuerte raíz católica: Efraín González Luna en 1952, Luis H. Álvarez en 1958, José González Torres en 1964 y Efraín González Morfín en 1970. La proporción de sufragios que el PAN logró que la autoridad electoral le reconociera pasó de 7.82% en el primer intento a 13.83% en el cuarto. Así, tras un esfuerzo de un cuarto de siglo, Acción Nacional consiguió arraigar su presencia en la arena electoral, aunque era una presencia simbólica, pues no podía aspirar al poder, sino apenas a desarrollar una actividad de preservación y aliento a los valores democráticos dentro de un sistema básicamente hostil a los mismos. De los cuatro diputados originales de 1946, el PAN pasó a seis en 1955, a 20 en 1964 y a 25 en 1973. Era un progreso modesto pero perceptible, y que se explicaba menos por un gran avance del partido en las urnas y más por la reforma política de 1963, que introdujo la figura de diputados de partido para alentar a la "oposición leal" (o inocua) a persistir en un empeño sin posibilidades pero que, finalmente, resultaba útil a un autoritarismo que pretendía no ser tal, sino una variante de la democracia. Así, en 1973 el PAN, pese a no haber superado sus escasos cuatro diputados de mayoría, contó con una bancada de 21 diputados más "de partido". Y aunque para esta última fecha

el porcentaje de votos en apoyo del total de los candidatos panistas a diputados ascendía a 14.7%, no existía la posibilidad de que ese partido pudiera disputar realmente el poder al partido de Estado. Sin embargo, esa situación de marginalidad cambiaba al examinar el fenómeno electoral en ciertos ámbitos locales, pues en un puñado de zonas urbanas en los extremos geográficos del país —Yucatán, Sonora y Baja California— su presencia era algo más que simbólica y, pese a los obstáculos legales e ilegales, el grupo blanquiazul tenía la posibilidad de ganar algunos gobiernos municipales.

LA COYUNTURA DEL 76

Pese a lo desfavorable para la oposición de las circunstancias en que se daba cualquier contienda electoral, para 1976 el PAN ya tenía consolidado un espacio en ese campo, espacio que el régimen le había negado a otros opositores por considerarlos más peligrosos, como, por ejemplo, a los desprendimientos del partido oficial —el almanismo y el henriquismo en 1940 y 1952, respectivamente— o a la izquierda independiente, como fue el caso del Frente Electoral del Pueblo, que quiso aprovechar las reformas de 1963 para construirse una presencia electoral, pero le fue negado el registro y una acción policiaca acabó con su existencia en abril de 1965. Sin embargo, dentro del PAN había inconformidad creciente con la idea de seguir jugando indefinidamente el papel de oposición simbólica o, más crudamente, de tonto útil. En efecto, para el inicio de los años setenta, era claro que cuando el PAN tenía la posibilidad de llegar a ser oposición sustantiva en alguna región, el fraude electoral se encargaba de cerrarla. Así había ocurrido, por ejemplo, en Baja California o Yucatán. Y desde 1970 esa era la razón del duro debate dentro del partido blanquiazul entre los que favorecían seguir persistiendo en el lento avance por el camino de la oposición simbólica, y los más radicales, los que proponían hacer pagar al régimen el costo del fraude sistemático. En términos panistas, la acción de rebeldía no buscaba un choque directo con el aparato del Estado, sino algo menos drástico pero de alto peso moral, como sería un retiro selectivo de la arena electoral para dejar al PRI hablando solo⁶.

La corriente que insistía en que, pese a todo, al PAN como conjunto de valores y proyectos le convenía continuar participando en el proceso electoral para penetrar a nuevos sectores sociales, la encabezaba José Ángel Conchello. Para los conchellistas, lo importante de cada campaña electoral era la oportunidad de presentar el proyecto panista a grupos de electores cada vez más amplios. En contra, con una posición más dura, doctrinaria y que podía considerarse como de izquierda dentro del marco del catolicismo de la época, estaba el grupo encabezado por Efraín González Morfín. Para los efrainistas, que no se identificaban con los intereses empresariales como sus rivales, la razón de ser del partido era la preservación de la pureza ideológica y ejercer presión en favor de cambios sustantivos en las estructuras socioeconómicas, y si para avanzar por ese sendero era necesario mantener relativamente cerrado al partido e incluso suspender la participación electoral y renunciar a un puñado de curules, pues santo y bueno. La existencia y oposición de ambas corrientes en

4 UNA VISIÓN DEL CARDENISMO Y DE LAS RAZONES DE LA REACCIÓN DE LA DERECHA PUEDE ENCONTRARSE EN: GILLY, ADOLFO, *EL CARDENISMO, UNA UTOPIA MEXICANA*, (MÉXICO: CAL Y ARENA, 1994). UN ANÁLISIS DE LA REACCIÓN DE LA DERECHA A LA POLÍTICA CARDENISTA SE ENCUENTRA EN: MOCTEZUMA BARRAGÁN, PABLO, *LOS ORÍGENES DEL PAN* (MÉXICO: EHECATL EDICIONES, 1997), PP. 81-145

5 MEYER, JEAN, *EL SINARQUISMO, ¿UN FASCISMO MEXICANO?* (MÉXICO: JOAQUÍN MORTIZ, 1979).

6 LOAEZA, SOLEDAD, *EL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL: LA LARGA MARCHA, 1939-1994. OPOSICIÓN LEAL Y PARTIDO DE PROTESTA* (MÉXICO: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1999), PP. 297 Y SS.



el seno del PAN no eran nuevas; lo novedoso fue que en 1976 esa pugna terminó por impedir la construcción de un consenso en torno de un candidato presidencial, pues se requería una votación de 80% en favor de uno de los precandidatos. La disputa por el puesto se dio entre los precandidatos Pablo Emilio Madero, conchellista, y Salvador Rosas Magallón, efrainista. El resultado, en la práctica, fue un triunfo de los abstencionistas a pesar de ser la corriente minoritaria⁷.

La ausencia de un candidato presidencial panista en la contienda de 1976 tuvo un reflejo claro en las cifras que oficialmente se reconocieron a los candidatos panistas a diputados. Por primera vez el porcentaje de votación para el PAN bajó (pasó de 14.7% a 8.5%) y sólo hasta 1982 los blanquiazules pudieron recuperar el terreno perdido (en ese último año su votación casi llegó a los 4 millones). Sin embargo, la ausencia del PAN de la arena presidencial también hizo ver al gobierno la necesidad de alentar el retorno de la "oposición leal" a ese espacio, pero al lado de otros, para no volver a depender de los blanquiazules en el esfuerzo por dar la idea de México como un país con un sistema de partido dominante pero pluripartidista.

DE VUELTA AL RUEDO

La insistencia de la corriente encabezada por Efraín González Morfín por mantener un PAN duro y apegado a la doctrina original no tuvo apoyo

mayoritario. Como ya se señaló, López Portillo puso en marcha una nueva legislación electoral que fue anunciada como una gran reforma política: la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LOPPE). La esencia del nuevo marco legal era el aumento del número de curules y el aliento a la participación de los opositores moderados. Habría incluso financiamiento público para los partidos registrados y acceso a medios de difusión a condición de que la "oposición leal" aceptara la legitimidad de un marco legal que, de hecho, seguía manteniendo la simbiosis entre el gobierno y su partido y, por tanto, aseguraba la permanencia de la marginalidad de la oposición. Si la zanahoria no resultaba suficiente, y para que no se volviera a repetir lo ocurrido en 1976, la ley castigaba a los partidos que, habiendo obtenido su registro, decidieran, por cualquier motivo, abstenerse de nombrar candidatos, se negaran a participar en el proceso electoral o a asumir su cargo si lo hubieran ganado. Al PAN no le pareció hacer del derecho de los partidos a participar una obligación⁸. Sin embargo, su presidente, Abel Vicencio Tovar, terminó por aceptar unas reglas con las que, como en el pasado, los dados seguían cargados en su contra⁹.

Para 1978, la pugna interna del PAN entre los pragmáticos y los doctrinarios —entre los que aceptaban el subsidio gubernamental y los que lo rechazaban por ser algo muy similar a la corrupción— siguió desarrollándose hasta desembocar en las renunciaciones de figuras importantes

⁷ PARA UN ANÁLISIS DE LAS DIFERENCIAS INTERNAS DEL PAN EN ESTE PERÍODO, VER A LOAEZA, *OP. CIT.*, PP. 308-313.

⁸ LÓPEZ MORENO, JAVIER, *LA REFORMA POLÍTICA EN MÉXICO* (MÉXICO: CENTRO DE DOCUMENTACIÓN POLÍTICA, 1979), PP. 133-138.

⁹ LOAEZA, *OP. CIT.*, PP. 319-323.



dentro de la última corriente. La LOPPE, por su parte, consiguió lo que se propusieron sus autores: alentar a una oposición simbólica y aumentar modesta pero significativamente la presencia de todo el espectro político en un espacio controlado, como lo era la Cámara de Diputados. A un nivel menos visible pero localmente más importante —el municipal—, el PAN mantuvo y amplió su modesta presencia, la que muy pronto habría de volverse significativa por algo que no estaba directamente relacionado con el sistema de partidos y que en 1977 apenas si se podía vislumbrar: el retorno de la crisis estructural de la economía en 1982.

En tanto que el PAN esperaba pacientemente a que las circunstancias históricas propiciaran la llegada de "su momento", el proceso electoral de 1979 le inyectó vigor, pues a los cuatro tradicionales diputados de mayoría se le añadieron 39 más de partido. Sin embargo, en porcentaje la situación fue menos positiva, pues el PAN recibió apenas 10.8% del voto total, es decir, menos que en 1964. Y si en 1973 del conjunto del voto opositor el grupo blanquiazul recibió 70%, en 1979 la proporción fue de sólo 45%, pues el resto se dispersó entre la izquierda participativa y los falsos partidos de oposición alentados desde el gobierno, efecto que los autores de la LOPPE habían calculado que se produciría. El PRI, pues, perdió 11 puntos respecto de la elección anterior, pero individualmente cada uno de sus adversarios estaba más lejos que antes de representar una fuerza que pudiera poner en peligro su dominio¹⁰.

1982 O DE LA CRISIS ECONÓMICA A LA POLÍTICA

Justamente después de haberse celebrado las elecciones presidenciales de 1982 —al candidato panista, Pablo Emilio Madero, le fue reconocido 15.68%, contra 70.99% del candidato del PRI, Miguel de la Madrid (también candidato del PPS y PARM), y 8.7% a cinco nuevos partidos (PSUM, PST, PDM, PRT y PSD)— se volvió a derrumbar la economía, pero esta vez de manera más estrepitosa y dramática que seis años atrás. La prometida "administración de la abundancia" de López Portillo se convirtió en la nacionalización inesperada e improvisada de todo el sistema bancario, en otra devaluación (la paridad peso dólar pasó de 22.7 en 1977 a 637.9 en 1986), en inflación (que en 1987 llegó a 159%) y en una deuda externa que en seis años saltó de 30.5 mil millones de dólares a 82 mil millones. El desastre económico inevitablemente se reflejó en la política y fue el detonador de una "rebelión electoral".

En 1983, ante el fracaso de una economía "dirigida desde Los Pinos" y como una reacción en contra de la nacionalización de la banca —un burdo intento por culpar a la burguesía financiera de un desastre del que apenas había sido instrumento—, un grupo de empresarios medianos y pequeños, especialmente en el norte del país, decidieron introducirse en el PAN y hacerlo un instrumento para acotar a una Presidencia corrupta que, también, se había conducido con una enorme irresponsabilidad. Otro objetivo paralelo fue presionar en favor de un cambio en la naturaleza misma del

modelo económico, un cambio que acabara con el intervencionismo estatal y pusiera a México a tono con el modelo neoliberal que ya imperaba en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Así, de los escombros del derrumbe de la economía protegida y mixta, nació o adquirió fuerza el neopanismo, es decir, un impulso desde el sector empresarial para introducir en el PAN una real vocación de poder¹¹.

La combinación de un liderazgo empresarial en el PAN —menos ideológico y más pragmático— con un electorado urbano agraviado por los resultados económicos de un presidencialismo autoritario dio por resultado un vuelco en las votaciones locales, particularmente en la frontera norte, donde la devaluación golpeó de manera directa, sin ninguna intermediación, a prácticamente todas las clases sociales. El voto por el PAN fue entonces menos un apoyo a las tesis de Gómez Morín o González Luna y más un castigo al gobierno y a su partido.

En 1983, la rebelión electoral del norte logró arrebatarse al PRI, para dárselos al PAN, diputaciones locales y los gobiernos de la capital de Durango (Rodolfo Elizondo) y, lo más significativo, siete municipios de Chihuahua, entre ellos la capital del estado (Luis H. Álvarez) y Ciudad Juárez (Francisco Barrio), es decir, los dos centros urbanos que concentraban 65% de la población del estado más grande del país¹². En Chihuahua y en las otras regiones del norte, donde el neopanismo ganaba terreno, los motores del cambio eran las élites locales que habían decidido cortar su viejo lazo de dependencia del PRI¹³. Junto a triunfos electorales que tuvieron que ser reconocidos, se presentaron los casos de conflictos poselectorales en los que el panismo se sintió fuerte y no aceptó la veracidad de los resultados oficiales adversos. Este tipo de conflictos se generalizó y llegó a un punto en el que las movilizaciones, protestas, desobediencia civil y campañas publicitarias dentro y fuera del país amenazaron con desbordarse al gobierno.

El mejor ejemplo de esto último fue el caso de Chihuahua en 1986. Ahí, el PRI postuló para gobernador a Fernando Baeza —un candidato que tenía más características de neopanista que de priista tradicional— para enfrentar a Francisco Barrio, el exitoso empresario y alcalde panista de Ciudad Juárez. Al final, el instrumento que usó el gobierno para impedir que Chihuahua cayera en manos "de la derecha" y rompiera el férreo dominio del PRI sobre los sistemas estatales no fue la calidad de su candidato ni su plataforma, sino el más tradicional: el fraude (un "fraude patriótico" por tratarse de un estado fronterizo y donde la derecha, según el PRI, podría entrar en contubernio con los intereses estadounidense).

Gracias al manejo del padrón, el gobierno y su partido hicieron aparecer en el campo chihuahuense más ciudadanos de los que lógicamente era posible. Y fueron esos votantes inexistentes los que dieron a Baeza un triunfo sin legitimidad, pues careció de credibilidad dentro y fuera del país¹⁴. Ante el fraude espectacular, la corriente abstencionista del PAN revivió en la XXXV Convención Nacional en octubre de ese año —suponía esa corrien-

te que, sin fraude, el PAN gobernaría Chihuahua, Sonora, Nuevo León, Durango y Sinaloa¹⁵ —, pero al final, la corriente participativa volvió a imponerse y el partido marchó hacia las siguientes elecciones nacionales.

1988: EL QUIEBRE

La crisis que se venía gestando en el PRI desde mediados de los ochenta fue una reacción desde la izquierda al brusco desplazamiento de los políticos tradicionales por un pequeño y muy cohesionado grupo tecnocrático que, justificado por los fracasos de los equipos de Echeverría y López Portillo, impuso sin miramientos ni negociación un nuevo modelo económico —el dominante en el sistema internacional, el globalizador y privatizador. Este hecho llevó en 1987 a la formación de una "Corriente Democrática" que finalmente fue empujada fuera del PRI y, ya en la oposición, se transformó en el Frente Democrático Nacional (FDN). El FDN postuló como su candidato a la Presidencia de la República al exgobernador de Michoacán, Cuauhtémoc Cárdenas¹⁶. El PAN, que hasta ese momento había sido la principal alternativa electoral al PRI, vio con profundo recelo a una izquierda electoral compuesta por expriistas, antiguos comunistas, socialistas, partidos de membrete (PARM *et al*), etcétera, que de pronto le disputaba el liderazgo de la oposición y, para colmo, desde la tradición cardenista, es decir, desde la de su enemigo histórico. Por convicción o conveniencia, los líderes panistas acusaron al FDN de ser, en realidad, otra criatura del gobierno, una falsa oposición, un instrumento presidencial para descarrilar en un momento crítico el esfuerzo antiautoritario del PAN y los demócratas mexicanos. Sólo a regañadientes el panismo terminaría por reconocer que el neocardenismo era un producto genuino y un auténtico competidor en la definición del futuro de México.

La campaña presidencial del PAN la encabezó Manuel J. Clouthier, heredero de una familia de élite de los agricultores de Sinaloa y presidente del Consejo Coordinador Empresarial en 1982, cuando usó a la organización para orquestar una campaña en contra de la nacionalización de la banca. Se trató de un representante del neopanismo que en 1986 fue candidato al gobierno de su estado y que, ya como candidato presidencial, desarrolló una agresiva campaña, apoyado lo mismo por su partido —su nuevo presidente, Luis H. Álvarez, era un "panista viejo" y contrapeso de los "neos"— que por organizaciones externas claramente de derecha, como Desarrollo Humano Integral o DHIAC y la Asociación Nacional Cívica Femenina (Ancifem). El discurso de Clouthier no sólo era naturalmente anti-priista (el tema de la corrupción e irresponsabilidad de ese partido estaba en el centro de su campaña), sino antiestatista en un sentido amplio, con ribetes populistas y, desde luego, en favor de regresar la banca a sus antiguos propietarios, y también de entregar la parcela en propiedad al ejidatario. Ante la posibilidad de un nuevo fraude electoral, Clouthier advirtió que se proponía encabezar un movimiento de resistencia civil¹⁷. La suya fue la campaña panista más agresiva, intensa y exi-

11 LOAEZA, *OP. CIT.*, PP. 362-398.

12 UN MUY BUEN ESTUDIO DE ESTE FENÓMENO SE ENCUENTRA EN ALBERTO AZIZ NASSIF, *CHIHUAHUA: HISTORIA DE UNA ALTERNATIVA* (MÉXICO: LA JORNADA, 1994).

13 LOAEZA, *OP. CIT.*, P. 359.

14 LA ESTRUCTURA DEL FRAUDE DEL PRI EN CHIHUAHUA ESTÁ BIEN PRESENTADA POR JUAN MOLINAR HORCASITAS EN: "REGRESO A CHIHUAHUA", *NEXOS*, NÚM. 111, MARZO DE 1987.

15 DECLARACIONES DE PABLO EMILIO MADERO, *PROCESO*, (18 DE ENERO, 1987).

16 VÉASE SOBRE EL PARTICULAR LA OBRA DE LUIS JAVIER GARRIDO, *LA RUPTURA. LA CORRIENTE DEMOCRÁTICA DEL PRI* (MÉXICO: GRIJALBO, 1993)

17 *PROCESO* (3 DE JULIO, 1988).

tosa hasta ese momento, pero debió hacerla en paralelo con otra muy similar desde la izquierda: la del neocardenismo.

Las elecciones del 6 de julio de 1988 dieron paso inmediatamente a un conflicto poselectoral de grandes dimensiones, debido a que el gobierno y su aparato electoral retrasaron la entrega de los resultados provisionales —el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, adujo como razón increíble una supuesta "caída" de un sofisticado sistema de cómputo— y a que los resultados finales le dieron al PRI una victoria incompatible con los efectos negativos sobre el nivel de vida de la mayoría de los electores del manejo de la crisis económica por el gobierno. Oficialmente, el candidato del PRI, Carlos Salinas, obtuvo 48.7% de los votos efectivamente emitidos, Cuauhtémoc Cárdenas 29.9% y Manuel Clouthier 16.2%. Por primera vez en su historia, el PRI debió aceptar que había recibido menos de la mitad de los sufragios y que, sumada la abstención, la mayoría ciudadana no le apoyaba. En la Cámara de Diputados, el partido de Estado mantuvo la mayoría —260 de las 500 curules—, pero se vio obligado a reconocer que se habían ido al conjunto de la oposición 66 diputaciones de mayoría, situación también sin precedentes en el PRI. En una síntesis de lo ocurrido entonces, Juan Molinar afirmó: "Los resultados de la elección arrojaron una abrumadora victoria del PRI pero también significaron la quiebra del sistema de partido hegemónico... Se salvó la parte principal del sistema, pero se agotó el sistema en su conjunto"¹⁸.

En julio de 1988, la oposición en bloque negó validez a los resultados oficiales y legitimidad a la victoria de Carlos Salinas. Por un momento existió la posibilidad de conformar la gran alianza postelectoral del conjunto de la oposición y transformar la "rebelión electoral" de la sociedad mexicana en el factor decisivo de la transición del autoritarismo a la democracia, aunque ello hubiera implicado correr el riesgo de desencadenar las fuerzas de la ingobernabilidad y de la represión. La posibilidad naufragó como resultado del choque entre el FDN y el PAN, pues mientras el líder del primer agrupamiento, Cuauhtémoc Cárdenas, se proclamó el verdadero ganador de la elección, la directiva del PAN sostuvo la imposibilidad de saber quién había triunfado realmente en un proceso particularmente sucio y negó su apoyo a Cárdenas, es decir, al heredero de su enemigo histórico.

Lo que siguió ya ha sido contado innumerables veces: el presidente Salinas procedió con habilidad y rapidez a establecer una alianza *de facto* con la dirigencia panista para aislar a la oposición "leal" de la intransigente, o sea, de la cardenista, para luego, desde el gobierno, construir la legitimidad que no había conseguido en las urnas. Estados Unidos y el mundo externo, que aún mantenían los reflejos adquiridos en la Guerra Fría, apoyaron incondicionalmente al nuevo gobierno priista y vieron con muy buenos ojos la actitud "prudente" del PAN y el aislamiento de la izquierda¹⁹.

Como presidente, Salinas no tardó en poner en marcha un programa que coincidía en partes esenciales con la plataforma económica del PAN —privatización de la banca, aceleración de la venta de las empresas estatales, fin de la reforma agraria y privatización del ejido, estabilidad fiscal, negociación de un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, etcétera— o con sus proyectos políticos, como lo fueron una nueva legislación electoral, el reconocimiento jurídico de las iglesias, el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Vaticano, la disminución del papel de las corporaciones del PRI y, finalmente, el reconocimiento, a contrapelo de la voluntad del PRI, de las primeras victorias electorales del PAN en los estados.

La aceptación presidencial de las victorias estatales del PAN se inició en Baja California en 1989 (Ernesto Ruffo) y siguió en Chihuahua en 1992 (Francisco Barrio). Sin embargo, en 1991 Salinas se negó a aceptar el reclamo de victoria de Vicente Fox (un empresario también neopanista, del grupo de Clouthier, que como diputado se había distinguido por su agresividad contra el salinismo), pero tras fuertes protestas, movilizaciones y una negociación con la cúpula panista, finalmente el presidente dio su aprobación a una solución peculiar: obligó al supuesto ganador (Ramón Aguirre) a renunciar a la gubernatura en el momento mismo de asumirla, y al Congreso del estado le obligó a nombrar a un gobernador interino panista (Carlos Medina Plascencia) pero con un secretario de Gobierno priista (Salvador Rocha)²⁰. La de Guanajuato fue la "concertación" más notoria entre Salinas y el PAN a costa del PRI con el objeto de neutralizar al enemigo común —el neocardenismo—, que en 1989 había dado forma a un nuevo partido: el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Desde luego que ese arreglo, y otros similares, mellaron el filo moral del PAN y fueron acremente criticados por los panistas "duros", como Manuel González Hinojosa y Pablo Emilio Madero, que terminaron por marginarse y renunciar²¹.

De 1988 a 1994, el presidente Salinas y la dirigencia del PAN —en particular Diego Fernández de Cevallos, Luis H. Álvarez y Carlos Castillo Peraza (presidente del partido a partir de 1993)— establecieron una relación de colaboración tensa pero efectiva, que finalmente resultó positiva para ambas partes. Se trató de una relación de conveniencia entre un partido de derecha que había perdido su posición como oposición dominante y que se sentía amenazado desde la izquierda, y una Presidencia altamente autoritaria, que también consideraba a la izquierda su principal amenaza y que buscaba imponer un proyecto de derecha al país y requería de una nueva base de apoyo. Ese apoyo del PAN a la Presidencia salinista le permitió a esta última llevar adelante y rápido varias medidas basadas en el debilitamiento de las organizaciones laborales del PRI, la privatización y en la apertura de México al comercio y al capital externo. El cambio afectó negativamente a la industria, antes protegida y en ese momento obsoleta, y a las clases populares. A cambio de la

18 MOLINAR HORCASITAS, JUAN, *EL TIEMPO DE LA LEGITIMIDAD. ELECCIONES, AUTORITARISMO Y DEMOCRACIA EN MÉXICO* (MÉXICO: CAL Y ARENA, 1991), P. 217.

19 SOBRE EL PARTICULAR, VÉASE A CENTENO, MIGUEL ÁNGEL, *DEMOCRACY WITHIN REASON. TECHNOCRATIC REVOLUTION IN MEXICO* (UNIVERSITY PARK, PEN.: THE PENNSYLVANIA STATE UNIVERSITY PRESS, 1994), PP. 15-20.

20 PARA UN ANÁLISIS DE LO OCURRIDO EN GUANAJUATO EN 1991, VÉASE A VICENTE FOX, *A LOS PINOS. RECUESTO AUTOBIOGRÁFICO Y POLÍTICO* (MÉXICO: OCÉANO, 2000), PP. 77-81.

21 VÉANSE LAS DECLARACIONES DE GONZÁLEZ HINOJOSA EN *PROCESO* (17 DE ENERO, 1993) Y DE MADERO EN *SIEMPRE* (22 DE MAYO, 1997).



legitimidad que el PAN le transfirió al gobierno Salinas, el partido blanqui azul, que entonces cumplía medio siglo de vida, pudo "gobernar desde la oposición"²² o, según los propios términos panistas, ser el "fiel de la balanza"²³. En la práctica, el amplio arsenal autoritario de la Presidencia de Salinas se empleó para controlar a los sectores populares afectados por las reformas económicas y contra la oposición partidista de izquierda, y muy poco contra la de derecha. Las elecciones intermedias, las de 1991, le permitieron al PRI recuperar la mayoría de los votos y al PAN volver a ser la oposición principal o dominante con el 18% del sufragio. En contraste, un PRD golpeado sistemáticamente se desplomó, y logró que únicamente se le reconociera 8% del voto. En tres años, el neocardenismo había dejado de ser un peligro para el salinismo, lo mismo que para el panismo.

La elección de 1994 dejó en claro que si bien el PRI podía volver a hacerse de la Presidencia por duodécima vez consecutiva, el costo era creciente y pronto sería imposible de pagar. El viejo sistema autoritario ya estaba muy afectado por deformidades y profundas cuarteaduras que difícilmente tenían solución; ya era sólo cuestión de tiempo el que tuviera que ceder a las presiones internas y externas de la modernización y la democracia. Para el PAN, lo importante era que mientras llegaba ese momento que tenía que llegar, su competidor, la oposición de izquierda, no volviera

a recuperarse y amenazar lo que consideraba su herencia: ser quien sustituyera al PRI en la Presidencia.

El 1 de enero de 1994, justo al entrar en efecto el Tratado de Libre Comercio de América del Norte —la joya de la corona de la administración salinista— estalló una rebelión indígena en la zona de las cañadas en Chiapas: la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). La rebelión chiapaneca nunca llegó a representar una amenaza militar seria, pero de inmediato dejó al desnudo la verdadera naturaleza de una estructura social que, según la propaganda oficial, ya estaba lista para entrar al "primer mundo". En vísperas de las elecciones, el gobierno federal ya no pudo enfrentar el desafío de un grupo indígena reducido y mal armado con sus métodos tradicionales: la represión indiscriminada que le había permitido ganar la "guerra sucia" contra otras guerrillas en los años sesenta y setenta. Esta vez, la presión de la sociedad civil en favor de las demandas insurgentes y la ausencia de las justificaciones anticomunistas del pasado obligaron a Salinas a dejar de lado la solución militar e iniciar casi de inmediato una negociación que, después de siete años y dos presidentes más, aún continúa. En marzo de 1994, el candidato del PRI a la Presidencia —el designado por Carlos Salinas, el exsecretario de Desarrollo Social, Luis Donald Colosio— fue asesinado en un mitin y sin que ninguna de las explicaciones oficiales del crimen dadas desde enton-

²² LOAEZA, *OP. CIT.*, P. 481.

²³ DECLARACIÓN DE LUIS H. ÁLVAREZ A PROCESO (10 DE SEPTIEMBRE, 1989).



ces haya dejado satisfecha a la opinión pública, que interpretó el hecho como una vuelta al ajuste violento de cuentas dentro de la élite priista. El posterior asesinato del secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, finalmente atribuido a Raúl Salinas, hermano del presidente, reforzó esa sospecha.

La campaña electoral de 1994 contó con un candidato presidencial de emergencia por parte del PRI, el incoloro exsecretario de Programación y Presupuesto y luego de Educación, Ernesto Zedillo, miembro secundario del círculo de tecnócratas que rodeó al presidente Salinas. La izquierda, por su parte, volvió a postular a Cuauhtémoc Cárdenas y el PAN se decidió en esa ocasión por uno de los realmente suyos, por un "panista puro": el exitoso abogado Diego Fernández de Cevallos —el personaje había ingresado al PAN en 1959, a los 18 años de

edad—, que en su calidad de líder de la bancada de diputados panistas en la LV Legislatura (1991-1993) había sido uno de los principales arquitectos de los puentes que el PAN tendió hacia Salinas. El punto culminante de la campaña fue el primer debate público entre candidatos principales y en el que las dotes parlamentarias de Fernández de Cevallos le permitieron imponerse con facilidad sobre sus adversarios. Inexplicablemente, el enorme impulso que adquirió entonces la candidatura del panista no fue aprovechado y al final su campaña decayó. Años más tarde, Vicente Fox aseguraría que Fernández de Cevallos "se echó para atrás" en el momento decisivo, es decir, que se dejó ganar por su adversario priista²⁴. En el cierre de campaña, las encuestas mostraron que la propuesta del candidato oficial, "Bienestar para tu familia", combinada con el temor de una parte sustantiva del electorado por el levantamiento indígena y el asesi-



nato de Colosio (bien manipulados ambos por los medios de información masiva, aún al servicio del PRI), le daban la delantera al candidato oficial, como efectivamente sucedió.

La necesidad interna e internacional para el régimen de que la elección presidencial de 1994 no naufragara en la incredulidad ni desembocara en un nuevo conflicto poselectoral requirió no sólo evitar un fraude similar al de seis años atrás, sino dar por primera vez independencia formal a la autoridad electoral para asegurar la imparcialidad. La dirección del Instituto Federal Electoral (IFE) pasó de manos de un priista a un grupo de ciudadanos independientes, aunque el resto de su aparato burocrático se mantuvo ligado al PRI y se comportó en consecuencia. La campaña se caracterizó por la persistencia de la desigualdad en las condiciones de la lucha, aunque ya no por el fraude masivo del pasado. Al final, el candidato del PRI mantuvo una proporción del voto similar a la de la elección anterior —48.7%—, pero el PAN reafirmó su segundo lugar con 25.9%, dejando a su verdadero contrincante ideológico, al PRD, en un

lejano tercer lugar con 16.6%. Así pues, la política de cooperación entre Salinas y la dirección del PAN había dado el resultado de corto plazo deseado por ambos.

OTRA VEZ EL NEOPANISMO A LA OFENSIVA

Casi inmediatamente después de asumir el poder Ernesto Zedillo, las bases de apoyo a su programa se vinieron por tierra estrepitosamente. En efecto, la excesiva dependencia del gobierno de Salinas del ingreso de capitales externos a corto plazo para mantener la imagen de éxito de su proyecto económico, llevó a sobrevaluar peligrosamente la moneda. Ese hecho, más errores en el manejo de una necesaria e inevitable devaluación en diciembre de 1994, crearon temor entre los inversionistas y para antes del fin de año se dio una espectacular fuga de capital especulativo (las reservas del Banco de México perdieron 11 mil millones de dólares en un mes). De la noche a la mañana se evaporó la confianza del gran capital en el conjunto de la economía mexicana. El peso perdió la mitad de su valor frente al dólar, la inflación pasó de 7% anual al momento de las elecciones, a 52% anual en 1995; el Producto Interno Bruto cayó en más de 6%. Fue necesario que en 1995 el gobierno estadounidense, en un ambiente de emergencia, organizara el mayor paquete de rescate de una economía hasta entonces: 48 mil millones de dólares.

La fuerza del sector exportador, ligado directamente a la pujante máquina económica de Estados Unidos, hizo que la recesión de 1995 se pudiera superar en un tiempo sorprendentemente corto. Sin embargo, ya no fue posible reparar el daño a un sistema político que había hecho gala de su irresponsabilidad y que para entonces era el régimen autoritario más viejo del mundo. Para salvar políticamente a su administración, Ernesto Zedillo, de entrada, debió lanzar todo el peso de la Presidencia contra quien lo había hecho presidente: su antecesor, Carlos Salinas de Gortari, culpándolo de la nueva crisis. Las acusaciones de corrupción sin límites de la familia Salinas inevitablemente abarcaron al PRI y al sistema en su conjunto. Zedillo personalmente ganó credibilidad, pero en el proceso hundió un poco más al conjunto del que él era parte. Como en el sexenio anterior, el PAN decidió explotar la debilidad del gobierno priista y logró colocar a uno de sus cuadros distinguidos, el abogado Antonio Lozano Gracia —representante panista ante el IFE en 1994— en el gabinete zedillista, justo en una de las instituciones más dañadas por la corrupción y la falta de credibilidad: la Procuraduría General de la República (PGR). Este primer intento formal de cogobierno entre el PRI y el PAN terminaría mal para ambos, pues en 1996, y tras varios sonados fracasos, el panista se vio obligado a dejar su lugar a un aparato del PRI, pero la PGR continuó su rumbo cuesta abajo.

Cuando tuvieron lugar las elecciones intermedias de 1997 el IFE, por primera vez, ya estaba en capacidad de actuar como un órgano verdaderamente independiente, y el gran campo del juego electoral estuvo más nivelado que nunca antes. No es coincidencia que en esas elecciones el PRI perdiera la mayoría en la Cámara de Diputados y también perdiera la primera elección de jefe del Gobierno del Distrito Federal. Sin el control de la Cámara baja, la presidencia mexicana se quedó sin uno de los hilos fundamentales del proceso político, y la incertidumbre democrática avanzó un paso más en México, que dejó de ser finalmente un autoritarismo para entrar en una etapa que bien se podría llamar de semidemocracia.

Fue entonces cuando el neopanismo volvió a la ofensiva. Vicente Fox —miembro del PAN a partir de 1988—, después de un retiro temporal de la

vida política como protesta por lo que consideró que había sido un despojo de su victoria electoral en Guanajuato en 1991, volvió a la vida pública. Tras lograr finalmente en 1995 la gubernatura de su estado —por cierto, sin mucho apoyo del CEN de su partido y sí en conflicto público con sus dirigentes²⁵—, apenas si perdió tiempo para empezar a organizar una nueva y más ambiciosa campaña: la de precandidato presidencial del PAN. Formalmente, en julio de 1997 Fox hizo público lo que ya se sabía: que iba en pos de la Presidencia. Uno de los valores que el gobernador de Guanajuato traía entonces en sus alforjas era el hecho de que ya conocía la forma de sortear los obstáculos que le podían poner los priistas y la dirección de su propio partido. Fox requería de organizar rápido una estructura paralela que le ayudara a conseguir fondos y a movilizar a la opinión pública en su favor. Y esa organización fue la llamada "Amigos de Fox" (AF).

Desde el inicio, el guanajuatense manifestó que su identificación como panista venía de su encuentro con Clouthier, es decir, de su ingreso al neopanismo a finales de 1987. Y, en efecto, neopanista fue el estilo de su intensa precampaña —su discurso buscó menos a los panistas y más al amplio centro que carecía de identidad partidista—, y cuando llegó el momento, contó con la fuerza necesaria para imponerse a los guardianes del panismo tradicional y ganar el apoyo de la convención al entusiasmar a los delegados con su "hambre de poder". Una vez logrado ese objetivo, y con el apoyo de la AF, se lanzó con un enorme ímpetu a buscar el triunfo, lo que contrastó con la falta del mismo que había mostrado seis años antes Diego Fernández de Cevallos. El discurso foxiano se apoyó menos en la doctrina panista y más en la identificación de los temas que conmovían a la sociedad, los que se referían a "comer y tener un empleo"²⁶. Por un momento, se abrió la posibilidad de establecer una gran alianza con el PRD y los otros pequeños partidos de izquierda, pero los intereses creados de las dirigencias partidarias simplemente lo impidieron, a pesar de que una dispersión del voto opositor podía permitir al PRI un nuevo triunfo, aunque fuera por mayoría relativa. En unión con el pequeño, sospechoso y oportunista Partido Verde Ecologista de México, Fox formó la Alianza por el Cambio y le disputó palmo a palmo la Presidencia a un PRI sin cohesión y cuyo candidato fue el tradicional pero poco carismático exgobernador de Sinaloa y exsecretario de Gobernación, Francisco Labastida. Por su parte, Cuauhtémoc Cárdenas dio forma a la Alianza por México —PRD, PCD, PAS, PT y PSN— y por tercera vez se propuso alcanzar la Presidencia.

El discurso de Fox fue directo, llano, agresivo y antisolemne, y sistemáticamente buscó amoldarlo a la audiencia que tenía enfrente, sin importarle mucho caer en contradicciones al cambiar de auditorio. Fox resultó muy agresivo en su descalificación del régimen y de su historia —el ataque a la corrupción priista fue sistemático y constante— y muy optimista en cuanto a las posibilidades de regeneración del país si en el 2000 se lograba instalar una administración comprometida con la democracia, la honestidad y la justicia social dentro de una economía de mercado y abierta. El candidato panista buscó no identificarse como el portaestandarte de la derecha y, en algún momento, incluso llegó a definirse a sí mismo como de izquierda.

La nueva campaña presidencial fue la primera verdaderamente moderna en el siglo XX mexicano que estaba por cerrarse. En efecto, la contienda se dio en el marco de un sistema de partidos reales, apoyado por finan-

ciamiento público suficiente y con una autoridad profesional e independiente. Las condiciones de la competencia fueron muy cercanas a la equidad. El PRI sólo pudo operar como partido de Estado en algunas zonas rurales y de alta marginalidad social, pues en las urbanas y semiurbanas la vigilancia del IFE impidió que se repitieran en gran escala las prácticas viciosas del pasado: control de casillas, manipulación del padrón, compra del voto, desigualdad en la cobertura de los medios, etcétera. La neutralidad activa del IFE, más la presión de la sociedad civil nacional e internacional, abrió como nunca antes las puertas a la vigilancia de la sociedad civil por la vía de las organizaciones no gubernamentales. Las encuestas de opinión pública mantuvieron hasta el final la incertidumbre sobre el desenlace; se trató de la famosa incertidumbre democrática. Nada estuvo determinado de antemano.

El 2 de julio del 2000, el candidato de la Alianza por el Cambio recibió 42.52% de los sufragios, en tanto que el abanderado del PRI obtuvo 36.10% y Cuauhtémoc Cárdenas y su Alianza por México quedaron en tercer lugar con 16.64%; los otros candidatos, simple y justamente, desaparecieron. En la Cámara de Diputados el PAN logró 207 posiciones y 16 su aliado, el PVEM; el PRI quedó reducido a 211 diputados, en tanto que el PRD debió conformarse con 51 de las 66 curules asignadas a la Alianza por México. En el Senado, la situación no fue muy diferente: 60 senadores priistas, 46 panistas, 15 perredistas y siete de los partidos menores. En cualquier caso, ninguna fuerza logró por sí misma la mayoría en ninguna de las dos cámaras, y la relación entre el presidente panista y un Legislativo dividido, aunque no pulverizado, obligaba a un inédito proceso de negociación sistemática entre poderes independientes.

Al nivel de los gobiernos estatales, el PRI, en buena medida como resultado de las inercias, siguió con el control de la mayoría de las entidades, pero la tendencia era ya clara: el antiguo partido de Estado podía seguir perdiendo terreno, y mucho. Al cerrar el 2000, el PAN controlaba los poderes ejecutivos de Baja California, Nuevo León, Jalisco, Aguascalientes, Querétaro y Guanajuato, aunque había perdido Chihuahua. El PRD, directamente o en alianza, estaba al frente de la Ciudad de México, Tlaxcala, Zacatecas, Baja California Sur y Nayarit, en tanto que la compleja y conflictiva Chiapas tenía a un gobernador resultado de una rara unión de fuerzas entre el PAN y el PRD.

EL PAN Y LA PRESIDENCIA, JUNTOS PERO DISTINTOS

El triunfo de Vicente Fox en la elección de 2000, y la aceptación de ese triunfo por el presidente saliente, por el PRI y por casi todo el apretado conjunto de intereses que por más de 80 años se habían tejido alrededor del régimen de la Revolución Mexicana, fue un cambio de enorme significación histórica. Tras casi dos siglos de haberse consumado la Independencia mexicana, por fin la democracia política se hizo presente. Sin embargo, el hecho no podía darse del todo como consumado, pues se trataba de una forma de gobierno sin arraigo en la historia del país y, por ende, de un arreglo frágil en tanto que no arraigara.

De la concentración en el ejercicio del poder que significó la Presidencia autoritaria, México pasó a una real división del poder. Y esa división

25 IDEM, P. 91; PROCESO (20 DE MAYO, 1996).

26 IDEM, PP. 95-96.

no se basaba sólo en el hecho evidente de que el Poder Ejecutivo había dejado de controlar al Legislativo, sino en que esa circunstancia abría el espacio necesario para que el Poder Judicial también empezara a ensayar su independencia y que los estados de la Federación —donde igualmente se está dando una estructura bipartita o tripartita del poder— actuaran en función de sus intereses y no de los del centro. Y para hacer aún más compleja la nueva pluralidad, resultó que la relación entre el presidente y su propio partido dejó de ser la que había sido en el pasado. En buena medida, lo anterior se debe al hecho de que si bien la Presidencia quedó encabezada por un neopanista, el PAN como partido se mantuvo en manos de una directiva que combina a neopanistas con cuadros de formación más ortodoxa, más tradicional, y con una visión de los grandes problemas nacionales que no siempre coincide con la del presidente y los suyos.

Desde antes de que Vicente Fox asumiera formalmente el cargo de presidente constitucional, los dirigentes del PAN afirmaron que las relaciones entre el Ejecutivo y el partido serían de cooperación y no de sumisión, como habían sido las de la mancuerna del viejo régimen, es decir, del PRI con el gobierno. La aclaración tenía tras de sí una serie de tensiones públicas entre el presidente y Diego Fernández de Cevallos, líder de la fracción panista en el Senado y representante conspicuo de la "partidocracia" panista. Un buen ejemplo de las diferencias y tensiones entre la dirección del PAN y el presidente fueron las que surgieron a la luz pública a raíz de la decisión de la *directiva del EZLN de marchar en febrero de 2001 de sus cuarteles en las cañadas de Chiapas a la capital para apoyar en el Congreso la iniciativa de ley indígena presentada por el Ejecutivo*. Mientras Fox asumió el papel de "paloma" frente a los rebeldes, la directiva del PAN adoptó la de "halcón". El presidente dio todas las facilidades para el traslado de los comandantes del EZLN a la capital, apoyó la demanda de los insurgentes de hablar en la gran tribuna de la Cámara de Diputados, retiró el Ejército de ciertas posiciones en la zona de influencia del EZLN y liberó a un buen número de simpatizantes del movimiento rebelde. En contraste, la directiva del PAN no manifestó agrado alguno por la visita de los rebeldes ni aceptó sus demandas como condición para negociar y, al llegar el momento, votó abrumadoramente en contra de ofrecer la tribuna de la Cámara de Diputados a los líderes insurgentes. Al final, la posición conciliadora del presidente rindió frutos, pues tras años de silencio el EZLN decidió reiniciar el diálogo con el representante del gobierno. Sin embargo, para la historia quedó que, en un tema tan crucial, el presidente y su partido marcharon por rumbos que de tan opuestos resultaron antagónicos. Claro que en otros temas ambos actores podrán andar juntos, pero lo significativo no será eso, sino el que puedan volver a separarse.

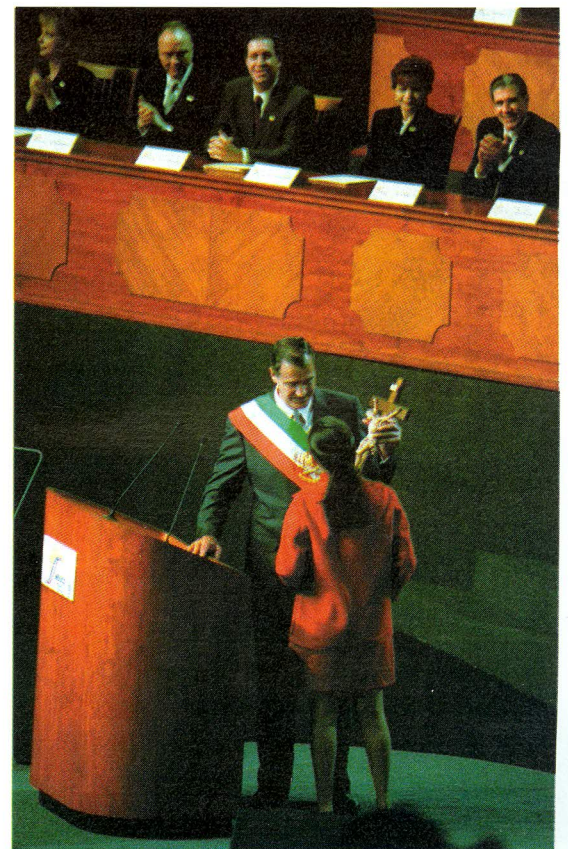
EN SÍNTESIS

A veces por necesidad y a veces por visión, el PAN jugó, a largo plazo, a preparar desde una derecha democrática y católica, pero sin lazos formales con la Iglesia, el relevo del PRI. La evolución del país y del sistema internacional marchó por el camino elegido por el PAN: la "oposición leal". La feroz lucha que a partir de 1987 se desató entre el viejo régimen —el presidente y el PRI— y la izquierda electoral fue magistralmente aprovechada por el PAN, cuya actuación —apoyo al presidente autoritario e ilegí-

timo a costa del PRI y en contra del neocardenismo— buscó propiciar el desgaste de ambos, aunque prolongara más de lo necesario la vida del autoritarismo. Por otro lado, el PAN mismo sufrió una división, que aún se nota, entre panismo tradicional y neopanismo. Sin embargo, en aras del triunfo el primero toleró, cobijó y aprovechó al segundo, al punto que el 2 de julio de 2000 ambos llegaron a la meta. Juntos pero distintos.

En el primer gobierno del nuevo régimen, el PAN pareciera haber decidido, en tanto que partido, comportarse de acuerdo con su tradición y los intereses y visión del mundo de su base electoral —empresarios, sectores católicos, clase media— y no disolverse en los intereses, visión y estilo del presidente neopanista: Vicente Fox²⁷. En los años por venir, esa diferencia y tensiones entre el PAN y el personaje que despacha en Los Pinos y que busca una base de poder propia y más amplia que la del propio PAN, va a ser una de las claves de la política mexicana.

El PAN, como partido viejo que se formó en la "oposición leal" y que finalmente llegó al poder, va a tener que negociar consigo mismo —administrar sus tensiones internas— y además manejar esa dicotomía que desde 1935 no se daba en México: la diferencia entre la conducción de la política nacional —por definición, la que corresponde al presidente y su estructura administrativa— y los intereses de la "partidocracia" o cuadro directivo del partido en el poder —la oligarquía que desde 1911 Roberto Michels identificó como la esencia de cualquier organización partidaria²⁸—, cuyo interés es fundamentalmente parcial y de largo, muy largo plazo. ■



²⁷ VÉANSE AL RESPECTO LAS CONSIDERACIONES DE JOSÉ LUIS REYNA EN *MILENIO* (12 DE ABRIL, 2001).

²⁸ *POLITICAL PARTIES. A SOCIOLOGICAL STUDY OF THE OLIGARCHIC TENDENCIES OF MODERN DEMOCRACY* (NUEVA YORK: THE FREE PRESS, 1962).